

La competitividad y sus conexiones paradójicas

Jorge Loza López*

Laura Leticia Laurent Martínez*

Juan Francisco Rosales Laurent*

Las organizaciones intentan ser competitivas en función de los mercados, aunque carezcan de una perspectiva clara de las consecuencias globales de sus esfuerzos al respecto.

Este trabajo es una invitación para reflexionar sobre las paradojas de la competitividad, de las cuales se han escogido aquellas que permanecen ocultas en mayor o menor grado en los programas competitivos de las organizaciones: competitividad personal o competitividad organizacional; la organización como una maquinaria bien diseñada y operada eficientemente, o la organización como un ser vivo; la competitividad basada en el crecimiento o en el decrecimiento, la competitividad mediante la explotación de la naturaleza o la competitividad ecológica; la competitividad como medio o como fin. A través de las aportaciones de prestigiosos estudiosos de las organizaciones se ha conjuntado un acervo crítico pero propositivo para ampliar el horizonte de la competitividad a favor de la productividad humana.

Abstract

Organizations try to be competitive depending on markets, although lacking a clear perspective of the global implications of their efforts in this respect. This work is an invitation to reflect on the paradoxes of competitiveness, some remain hidden in greater or lesser degree in the chosen competitive organization programs: personal competitiveness or organizational competitiveness, the organization as a machinery designed and operated efficiently or organization as being alive, competitiveness based on the growth or decrease, competitiveness through the exploitation of nature or ecological competition, competitiveness as a means or as an end. On the contributions of prestigious scholars and researchers of organizations a group of critics has been composed as a proposal to broaden the horizon of competitiveness in human productivity.

Palabras clave: competitividad, paradojas, productividad, decrecimiento.

Keywords: competitiveness, paradoxes, productivity, decrease.

* Profesores de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Introducción

*La educación es la habilidad para percibir
las relaciones ocultas entre fenómenos.
Václav Havel en Capra, 2004.*

Según el *Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua* se entiende por paradoja una idea extraña u opuesta a la común opinión y al sentir de los hombres, y también se entiende como una figura de pensamiento que consiste en emplear expresiones o frases que envuelven contradicción.

Tanto las ideas opuestas a la opinión común, como las contradicciones, se originan en dos conceptos contrastantes de la propia competitividad: aquel que considera a la competitividad como el resultado de las competencias o fuerzas para oponerse y rivalizar contra otras organizaciones que aspiran a obtener la misma cosa; el otro concepto tiene el significado de aptitud e idoneidad para lograr un objetivo, es decir, se entiende que las organizaciones (o las personas) manifiestan su competitividad mediante sus esfuerzos encaminados al logro de alguna postura ventajosa, para la cual concursan o se enfrentan empresas de giro semejante, prevaleciendo una de ellas, a la que entonces se considera la más exitosa.

“En la práctica la competitividad se restringe a la capacidad que tiene una empresa para penetrar, consolidar o ampliar su participación en el mercado.”

Esta forma reduccionista de comprender y aplicar la competitividad es contrastante con una concepción mucho más amplia, que considera como campo de la competitividad el respeto del planeta en su conjunto, ajena a la rivalidad y permeada con una conciencia de colaboración. La competitividad como resultado del *ser competente*, es decir, de que nos compete o nos incumbe el destino del planeta.

En este contexto ambivalente se reflexiona sobre las paradojas que explican las vicisitudes de las personas que pretenden adquirir y poner en acción diversas competencias que contribuyan a la competitividad de sus respectivas organizaciones.

Existen paradojas que se perciben claramente en la práctica administrativa cotidiana, y otras paradojas que permanecen ocultas en algún grado. Del primer tipo, se reflexiona sobre la paradoja de *la competitividad a partir de los fines organizacionales o de los fines personales, la competitividad mediante la explotación de la naturaleza*

o preservándola y la competitividad de ganar-perder o de ganar-ganar; del segundo tipo, o sea de las paradojas ocultas, se trata la de la *competitividad basada en el crecimiento o en el decrecimiento*, siendo esta última una idea que comienza a tener adeptos y a generar movimientos que parecieran opuestos a cualquier tipo de competitividad válida para las organizaciones, ya que parece ser incuestionable que la competitividad y el crecimiento son conceptos indisolubles. De ahí que esta paradoja permanezca oculta ante la conciencia de los dirigentes empresariales, pero que la realidad caótica mundial se encarga de darle cabida, aunque parezca una herejía para las disciplinas administrativas.

Objetivos

Este trabajo pretende ser una aportación al congreso y a las instituciones que lo promueven para que la concepción de la competitividad sea holística, integral y ecológica. También se pretende evidenciar las conexiones entre la competitividad y otras categorías aparentemente desligadas del entorno empresarial, sobre todo aquellas que parecieran paradojas de la competitividad, es decir, contrarias a los propósitos de la competitividad concebida en su forma reduccionista, sólo para el mercado.

Metodología

Este trabajo es fundamentalmente teórico y argumentativo, aunque se incluyen referencias a la realidad competitiva de México y del ámbito internacional. Se combinan la deducción y la inducción a partir de las paradojas que se pueden construir con base en dos concepciones de la competitividad: una restringida y determinada por el mercado, y otra ampliada a las conexiones no manifiestas abiertamente pero cuyas consecuencias afectan a los demás procesos y funciones de las propias organizaciones y de su entorno.

Las referencias y la situación que se estudian corresponden a la actualidad. Se vislumbran escenarios futuros pero sin estructurar ninguna proyección longitudinal.

La paradoja, como figura dialéctica del pensamiento, es una herramienta muy valiosa que se aprovecha en la formulación de los contrastes que se presentan a lo largo del trabajo.

Cuando se consideró pertinente, se introdujeron párrafos alusivos relacionados con la competitividad en México.

Hipótesis

La concepción reduccionista de la competitividad dirigida sólo al mercado ha traído como consecuencias un grave deterioro del ambiente y del ser humano en su individualidad, y de la sociedad obligada a la globalización de su economía.

La competitividad holística, formada por todas las tramas vitales que integran al planeta, es coadyuvante de un nuevo paradigma que es paradójico en relación con las prácticas administrativas comúnmente aceptadas en la actualidad.

Las paradojas

La vida en sociedad, vista como una lucha competitiva por la existencia y el crecimiento tecnológico y económico para obtener un progreso material ilimitado, han generado paradojas sobre el desarrollo humano. Durante las últimas décadas se han podido constatar las severas limitaciones de estas ideas y valores, y la necesidad de someterlas a una revisión radical (Capra, 1992: 16).

Competitividad humana o competitividad organizacional

Habría que pasar por el tamiz de la conciencia moral la decisión de lograr un grado mayor de competitividad económica mediante el despido de empleados o el sacrificio de su tiempo.

La competitividad capitalista no solamente liberó al hombre de sus vínculos tradicionales, sino que también contribuyó poderosamente al aumento de la libertad positiva, al crecimiento de un yo activo, crítico y responsable. Sin embargo, si bien todo esto fue uno de los efectos que el capitalismo ejerció sobre la libertad en desarrollo, también produjo una consecuencia inversa al hacer al individuo más solo y aislado, y a inspirarle un sentimiento de insignificancia e impotencia (Fromm, 2002: 117). La competencia ahora depende de los vínculos económicos y cada vez menos de las fortalezas individuales.

Entendida la competitividad humana como la puesta en operación de las facultades de las personas a favor de su propia vida y de los demás, se vislumbra fácilmente que la competitividad organizacional, entendida en su forma restringida, es con frecuencia ajena al desarrollo del bienestar de sus empleados. En la mayoría de las organizaciones los altos ejecutivos viven bajo un enorme estrés todos los días. Trabajan más horas que nunca antes y muchos de ellos se quejan de que no tienen tiempo para relaciones personales y experimentan pocas satisfacciones en su vida a pesar del incremento de su prosperidad material. Sus compañías lucen poderosas desde afuera, pero ellas mismas se sienten empujadas por las fuerzas del mercado global y no pueden predecir ni comprender las turbulencias (Capra, 2004: 97).

En un número cada vez mayor de nuevas naciones industrializadas, la sustitución producida por la tecnología y el creciente desempleo, en el empeño de conseguir mayor competitividad en los mercados, conducen hacia un aumento espectacular del crimen y la violencia, definiendo un claro augurio de lo que podrá ocurrir en el futuro inmediato. En el estudio de Merva y Fowles (1992), los investigadores encontraron que en Estados Unidos un crecimiento de 1% en el desempleo se traduce en un crecimiento de 6.7% en los homicidios, de 3.4% en los crímenes violentos y de 2.4% en los crímenes contra la propiedad (Rifkin, 1996: 249).

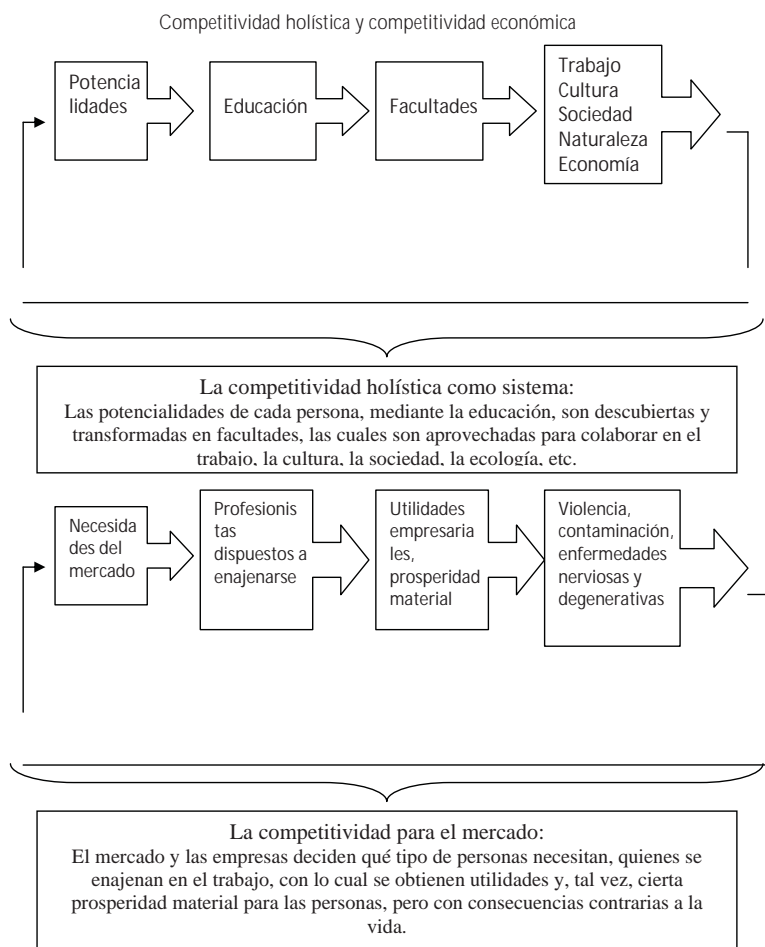
Lo que ha sucedido en México con sus jóvenes ha sido reconocido en sus causas en otras latitudes. Rifkin (1996: 250) asevera que el crecimiento del desempleo y la pérdida de esperanzas en un futuro mejor son algunas de las razones por las que decenas de miles de jóvenes incurrir en la vida criminal y violenta.

Nuestra obsesión por el crecimiento económico y por el sistema de valores en el que se apoya, ha creado un ambiente físico y mental en el que la vida se ha vuelto extremadamente malsana. Quizá el aspecto más trágico de nuestro dilema social sea el hecho de que los riesgos para la salud creados por el sistema económico no sólo son el resultado del proceso de producción, sino también del consumo de muchos productos a los que se da gran publicidad para mantener la expansión económica. Con el fin de aumentar sus beneficios en un mercado saturado, los fabricantes tienen que producir sus bienes a un costo inferior, y una manera de hacerlo es reducir la calidad de estos productos. Para que el cliente quede satisfecho a pesar de la baja calidad de estos productos, se gastan enormes sumas de dinero para condicionar la opinión y los gustos del consumidor a través de la publicidad. Esta práctica, que se ha vuelto parte integrante de nuestra

economía, implica un grave peligro para la salud, pues muchos de los productos que se fabrican y se venden de esta manera influyen directamente en ella. Todos padecemos los canales televisivos dedicados a la publicidad de productos superfluos y de dudosa calidad (Capra, 1992: 134).

En el siguiente esquema se presenta el origen y los procesos de construcción de los tipos de competitividad que nos ocupan.

Esquema 1



Fuente: autoría propia con base en el pensamiento frommiano sobre la competitividad humanista (Fromm, 2003a).

La competitividad basada en la organización máquina o en la organización viva

El discurso administrativo afirma que lo más importante de las organizaciones es el recurso humano. Sin embargo, los afanes de los dirigentes generalmente se encaminan a la transformación de su empresa, institución, comercio o dependencia de gobierno en una especie de reloj cuya exactitud se presume. El lugar común “camina como un relojito”, revela el sueño de los gerentes. Si alguien logra acercar su organización al funcionamiento eficaz de una máquina, seguramente se sentirá orgulloso de sus logros. Pero las personas no son máquinas.

Los principios de la administración clásica están profundamente engranados en las formas como pensamos sobre las organizaciones. Para la mayoría de los directivos es incuestionable diseñar estructuras formales, enlazadas por claras líneas de comunicación, coordinación y control. Esto ha llegado a ser casi como una segunda naturaleza. Esta forma casi inconsciente de la concepción de la organización como un mecanismo es uno de los principales obstáculos para el cambio organizacional (Capra, 2004: 103).

Para funcionar apropiadamente, una máquina debe ser controlada por sus operadores, quienes han aprendido las instrucciones. Por lo tanto, todo el esfuerzo de la teoría clásica de la administración está en lograr operaciones eficientes a través de un control total, desde arriba hasta abajo. Los seres vivos, por otra parte, actúan autónomamente; ellos nunca pueden ser controlados como máquinas; por lo tanto, saben que son capaces de regenerarse a sí mismos y que naturalmente cambiarán y evolucionarán (Capra, 2004: 104).

Separando la mente de la materia se llegó a la idea del Universo como sistema mecánico, formado de objetos aislados que, a su vez, están reducidos a componentes básicos cuyas propiedades e interacción probablemente determinaban todos los fenómenos naturales. Esta idea cartesiana de la naturaleza se extendió hasta incluir a los organismos vivos, considerados como máquinas formadas de diferentes partes. Vemos cómo un concepto tan mecánico del mundo sigue estando en la base de la mayoría de nuestras ciencias y cómo sigue influyendo enormemente en muchos aspectos de nuestras vidas. Un resultado de ello se aprecia en la conocida fragmentación de nuestras disciplinas académicas y de nuestras agencias gubernamentales; también es la razón por la cual se ha tratado el medio ambiente como si estuviese constituido de partes separadas, sujetas a la explotación de diferentes grupos de interés (Capra, 1992: 21). Dirigentes

exitosos rechazan que se les juzgue en relación con otros aspectos de su vida. Una investigación de una universidad de provincia fue censurada y suspendida, pues en sus resultados preliminares arrojaba resultados preocupantes sobre la salud mental de los hijos de altos funcionarios que no tienen tiempo para jugar y convivir con su progeñie. El ocultamiento de las consecuencias dañinas de la alienación laboral es una preocupación de los directores. La competitividad familiar sacrificada por la competitividad empresarial.

Dos son los principios que guían a la sociedad tecnotrónica de hoy: el primer principio es la máxima de que algo debe hacerse porque resulta posible técnicamente hacerlo. Si el avance técnico sirve para expandir el mercado, entonces su aplicación se justifica, sin importar las consecuencias para todo lo demás que no tenga relación con los beneficios económicos. Así, todos los valores caen por tierra y el desarrollo tecnológico se convierte en el fundamento de la ética. Este principio implica la negación de todos los valores que ha desarrollado la tradición humanista, tradición que sostiene que algo debe hacerse porque es necesario para el hombre, para su potenciación, su alegría y su razón, o porque es bello, bueno o verdadero. El segundo principio es el de la máxima eficiencia y rendimiento. Para alcanzar este resultado, el hombre debe ser muchas veces desindividualizado y enseñado a hallar su identidad en la corporación antes que en él mismo (Fromm, 1997: 41).

Peter Senge, quien ha sido uno de los principales proponentes del pensamiento sistémico y de la idea de “organización que aprende”, ha reunido una impresionante lista de implicaciones contrastantes si se considera, metafóricamente hablando, a una empresa como una “máquina para hacer dinero”, o bien como un “ser viviente”. Una máquina es diseñada por ingenieros para un propósito específico y es propiedad de alguien que es libre de venderla. Éste es exactamente el punto de vista mecanicista de las organizaciones. Implica que una empresa es creada y poseída por personas fuera del sistema. Su estructura y sus metas son diseñadas por la dirigencia o por expertos externos. Si nosotros vemos a la organización como un ser vivo, entonces la cuestión de su propiedad se vuelve una cuestión problemática. La mayoría de las personas en el mundo —señala Senge— estima que la idea de que una persona es dueña de otra, es fundamentalmente inmoral. Si las organizaciones fueran realmente comunidades vivas, la compra y la venta de ellas sería el equivalente de la esclavitud, y la sujeción de las vidas de sus miembros para predeterminar metas sería vista como deshumanización (Capra, 2004: 103 y 104).

En su libro titulado *The living company*, Arie de Geus incorpora un estudio sobre las corporaciones longevas, de aquellas que han existido más de cien años y que aún conservan su identidad intacta. El estudio abarcó 27 de estas empresas y concluyó que esas corporaciones perdurables y resistentes eran aquellas que exhibían una conducta y ciertas características de entidades vivas. Esencialmente, él identificó dos tipos de características. Una consiste en un fuerte sentido de comunidad en la que sus miembros conocen que ellos serán soportados en sus esfuerzos para conseguir sus propias metas. El otro tipo de características es una apertura hacia el mundo externo, tolerancia para que ingresen nuevos individuos e ideas, y consecuentemente una manifiesta habilidad para aprender y adaptarse a las circunstancias (Capra, 2004: 105). Las dependencias gubernamentales mexicanas no son ni máquinas ni instituciones vivas. Son un híbrido ineficiente. Cada nuevo periodo gubernamental se desechan planes y personas como si fueran cacharros, aunque la burocracia sindicalizada garantiza la permanencia de la incompetencia. La realidad manifiesta de este fenómeno no requiere referencias documentales.

La metáfora de la máquina es muy poderosa. En sus conclusiones Senge muestra el carácter de la mayoría de las organizaciones. Son más máquinas que seres vivos, porque sus miembros se piensan de esa manera. El enfoque mecanicista de la administración ha sido muy exitoso para incrementar la eficiencia y la productividad económica, pero también ha resultado en una amplia animosidad hacia las organizaciones que son manejadas como máquinas. La razón para eso es obvia. La mayoría de la gente resiente ser tratada como un diente de un engrane de una máquina (Capra, 2004: 104).

Cuando observamos el contraste entre las dos metáforas —máquina contra ser vivo—, es evidente el porqué un estilo de administración guiado por la metáfora de la máquina tendrá problemas con el cambio organizacional. La necesidad de tener todos los cambios diseñados por la dirección e impuestos por la organización tiende a generar rigidez burocrática. No hay lugar para adaptaciones flexibles, aprendizaje y evolución en la metáfora de la máquina, y es claro que esas organizaciones manejadas estrictamente de forma mecanicista no pueden sobrevivir en la compleja actualidad de hoy, en el rápidamente cambiante ambiente de los negocios y de la orientación del conocimiento (Capra, 2004: 104). Esta situación genera otra paradoja discursiva: se habla del fomento a la creatividad, pero esa creatividad es excluida cuando enfrenta los prejuicios organizacionales.

También, paradójicamente, en muchos negocios el ambiente cambia con increíble velocidad. Los mercados son desregularizados rápidamente y nunca terminan de implantarse una nueva cultura y los cambios estructurales necesarios. Los cambios van más allá de las capacidades de aprendizaje de la gente, y ambos, personas y organizaciones, se sienten abrumados y no les queda más que improvisar. Como resultado, hay un profundo y permanente sentimiento entre los gerentes de que, sin importar lo duro que trabajen, las cosas están fuera de control (Capra, 2004: 98).

Ya sea como máquina productora de trabajo, o como peón de ajedrez sacrificado en el escaque que le conviene a la estrategia económica, o como memoria de computadora que graba fielmente las instrucciones de la eficiencia corporativa, las personas deben enfrentar la paradoja de contar con una casa cuya hipoteca lo mantendrá atado a su empleo durante décadas (*mortgage* es la traducción en inglés de hipoteca, que da la idea de mortaja en vida), con un automóvil que lo incrusta diariamente en los embotellamientos soberanos (por su independencia ineluctable), con responsabilidades que le producen insomnio y úlceras, con compromisos económicos y de imagen que lo hacen añorar los tacos de plaza que degustaba con sus precarios ingresos de antaño, y para colmo debe asimilar los discursos sobre su importancia inestimable en el proceso de generar riqueza.

Competitividad con crecimiento o con decrecimiento

Los países desarrollados comienzan el tercer milenio con condiciones de bienestar generalizadas, superiores a las que tenían hace 30 años, pero la calidad de vida requiere algo distinto del simple crecimiento, la situación personal se ha deteriorado (Guerra González, 2002: 171).

La tecnología orientada hacia el control, la producción en masa y la estandarización suele estar dominada por una administración centralizada cuyo fin es el crecimiento ilimitado, para lo cual a los empleados y ejecutivos se les exige negar su personalidad y adoptar la identidad y los modelos de comportamiento de la empresa (Capra, 1992: 23).

La naturaleza de las grandes empresas es profundamente inhumana. La competencia, la coacción y la explotación son aspectos esenciales de sus actividades, todas ellas motivadas por el deseo de una expansión infinita. El crecimiento continuo forma parte integrante de la estructura empresarial. Por ejemplo, el ejecutivo de una empresa que deliberadamente deja pasar de largo la oportunidad de

aumentar las ganancias de su empresa, por cualquier motivo, puede ser sometido a un proceso legal. Por consiguiente, la obtención del máximo de ganancias se convierte en objetivo primordial, lo que excluye todas las demás consideraciones. Los ejecutivos empresariales tienen que olvidarse de su humanidad cuando asisten a las reuniones del consejo de administración. Se espera que no demuestren sentimiento alguno, ni tampoco arrepentimiento; no pueden decir nunca “lo siento” o “nos hemos equivocado”. En cambio, los temas que tratan son la coacción, el control y la manipulación (Capra, 1992: 118). Quino ilustra muy elocuentemente esta situación, al presentar a un ejecutivo típico caminando con su portafolios al lado de un aviso en el edificio de su empresa con un corazón cruzado diagonalmente por una franja ancha de color rojo.

La situación se ve agravada aún más por el hecho de que la mayoría de los economistas evitan reconocer explícitamente el sistema de valores en el que se apoyan sus modelos y aceptan en forma tácita el conjunto de valores extremadamente desequilibrado que domina nuestra cultura y que se encarna en nuestras instituciones sociales. Estos valores han provocado la excesiva insistencia en la tecnología “dura”, en el derroche consumista y en la rápida explotación de los recursos naturales, todos ellos motivados por la persistente obsesión por el crecimiento. La mayoría de los economistas creen aún que el crecimiento económico, tecnológico e institucional es signo de una economía “sana”, pese a que este crecimiento no diferenciado es hoy la causa de los desastres ecológicos, de la difundida conducta criminal de las grandes sociedades anónimas, de la disgregación social y de la creciente probabilidad de una guerra nuclear (Capra, 1992: 213).

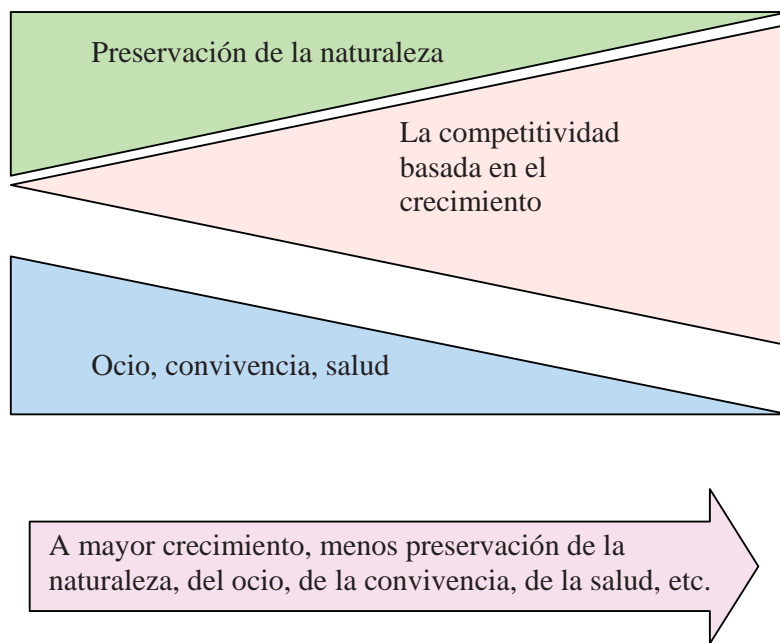
La complejidad de nuestros sistemas industriales y tecnológicos ha llegado a un punto en el que muchos de estos sistemas ya no pueden ser modelados ni controlados. Las averías y los accidentes suceden cada vez con mayor frecuencia; continuamente surgen costos sociales y ambientales imprevistos, y se dedica más tiempo a mantener y a regular el sistema que a suministrar bienes y servicios útiles. Estas empresas, por tanto, son extremadamente inflacionarias, además de tener graves consecuencias para nuestra salud física y mental. De ahí que cada vez se haga más evidente, como indicaba Henderson, que podríamos alcanzar nuestros límites sociales, psicológicos y conceptuales de crecimiento incluso antes de haber alcanzado los límites físicos (Capra, 1992: 119).

Se ha denunciado ya hasta la saciedad que vivimos para los medios en lugar de para los fines. El crecimiento es un buen ejemplo de ello. Se supone que es un medio para alcanzar el bienestar o la dicha sociales. Si alguien alza la voz en con-

tra del crecimiento, afirmando que no se está derivando bienestar generalizado, encontrará abundantes compañeros de especie capaces de castigar su osadía. El crecimiento no puede ser o no debe ser jamás un procedimiento. Como mucho, será una consecuencia. No es aceptable “crecer para”; es comprensible “crecer debido a”. Los comportamientos pueden llevar al crecimiento como resultado. El objetivo es, por ejemplo, aumentar el bienestar compartido. Su planteamiento lleva a la elaboración de procedimientos que lo hagan real. Finalmente podemos observar, tal vez, que en la búsqueda de ese bienestar compartido se ha generado (efecto colateral) crecimiento económico (Manzano, 2006: 8).

Esquema 2

Esquema del relacionamiento del crecimiento con las variables ecológicas y humanas



Fuente: autoría propia. Esquema basado en la propuesta de decrecimiento de manzano (2006).

Theodor Roszak (en Manzano, 2006: 3) afirma que los líderes políticos y las empresas de tamaño medio o grande se implican en discursos y eslóganes con referencias a la sostenibilidad, la responsabilidad social, el compromiso con el

medio ambiente, la competitividad, etc., con lo cual se ha conseguido generar cierta sensibilidad social al respecto. No obstante, la mayoría del trabajo es hoy un gasto inútil y no tiene justificación. No se ha llegado al entendimiento de la necesidad del decrecimiento sostenible.

El decrecimiento sostenible

La idea del decrecimiento, apenas conocida por los dirigentes, está siendo estigmatizada. Se le tilda de ser una propuesta inconsciente, principalmente en dos aspectos. Por un lado, ignora las repercusiones que el crecimiento tiene en elementos fundamentales para la estabilidad social, como el empleo. El decrecimiento es en sí insostenible, puesto que dañaría las entrañas del modo con que generamos puestos de trabajo. Al disminuir drásticamente el consumo, se disminuye la producción y, con ello, el empleo. El remedio es peor que la enfermedad. Por otro lado, es una idea de los privilegiados del mundo. Una vez que han probado la miel, desean prohibirla a los demás. La propuesta del decrecimiento condena al Sur a la miseria, puesto que le impide acceder a las cotas de desarrollo que sólo puede permitir el modelo productivo (Passet, 2005: 4).

Como respuesta a estas objeciones, se puede afirmar que el modelo predominante de desarrollo se ha mostrado altamente ineficiente y dañino en múltiples frentes. No tiene fuerza de contracrítica, no puede suministrar resultados que avalen su permanencia. No podemos ir a peor. Cualquier alternativa coherente con los principios del pensamiento ético merece la oportunidad de ser ensayada en el contexto de la realidad.

Por otro lado, la evolución de los mercados se está desligando del par consumo-producción. La economía, gracias a la preponderancia de la dimensión financiera, es cada vez más virtual. El valor de una empresa, por ejemplo, puede aumentar al disminuir su producción, lo que era impensable hace poco tiempo. La llamada “generación de riqueza” es cada vez más independiente de los procesos de producción. Además, la disminución de la competencia mediante los procesos de fusión y apertura de mercados, y la inversión tecnológica, están disminuyendo drásticamente la necesidad de mano de obra, a la vez que ésta se orienta cada vez más hacia las regiones más dispuestas a prostituir a su población. Los pronósticos en términos de mano de obra ocupada y de condiciones laborales son muy deprimentes.

La justificación del decrecimiento sostenible es la misma que comparten otras iniciativas, como pueden ser el crecimiento sostenible, la bioeconomía, la economía ecológica o la ecología política; por ejemplo: no sólo las predicciones sobre el futuro del planeta (y de los seres que lo habitan) son alarmantes, sino que el presente es ya difícilmente admisible desde un mínimo de conciencia ética (Manzano, 2006: 3). Las inundaciones que ha sufrido gran parte del territorio mexicano y de otras extensas regiones del mundo en fechas recientes son, en última instancia, producto del crecimiento desmesurado del consumo y de los consumidores, de los gases de invernadero de nuestros vehículos y nuestras empresas, de nuestros asentamientos inconscientes del mínimo respeto ecológico. ¿Se requieren más argumentos para sostener la insostenibilidad del actual sistema? Con la expresión “crecimiento sostenible” ocurre lo mismo que con otras como “guerra humanitaria”, “asesinato justo” o “cementera ecológica”, por ejemplo (Manzano, 2006: 8).

El crecimiento poblacional es un factor contrario al desarrollo sostenible cuando se gesta en territorios ya muy densamente poblados, tal como sucede en el centro de la República Mexicana. La suma de las poblaciones del Distrito Federal con las de los estados de Puebla, México, Morelos e Hidalgo es aproximadamente la población de todo Canadá, es decir, en algunos miles de kilómetros cuadrados habitan alrededor de 30 millones de personas en México, la misma cifra que se encuentra en todo el territorio canadiense, que tiene más de ocho millones de kilómetros cuadrados (*Reader's Digest*, 1999). El centralismo es otro fenómeno relacionado con el crecimiento insostenible.

Un decrecimiento que vaya orientado a generar un nuevo estilo de vida más saludable, es incapaz de hacer más daño al mercado laboral. El decrecimiento implica potenciar el ocio frente al trabajo. Propone invertir la tendencia actual en la que ambos cónyuges deben estar absorbidos en procesos laborales que les implican cada vez más tiempo. Aspirando a menos posesiones es posible percibir menos ingresos y destinar tiempo de ocio que lleva, entre otras ganancias vitales, al disfrute familiar. Aunque aquí cabe apuntar que muchos empleados de las corporaciones han perdido la disponibilidad para dedicarse al descanso, al esparcimiento y a la convivencia. Permítasenos utilizar la expresión común de “parecen leones enjaulados” cuando permanecen en sus casas.

Se está negando la capacidad de la sociedad para adaptarse a los cambios, aunque frecuentemente esa adaptación obedece a cambios negativos. En el presente, en México la economía se ha hecho dependiente de la violencia. Cabría pensar

que todas las personas suscribieran el deseo de que desaparezca toda forma de violencia: no hay tráfico de drogas, no hay asesinatos, no hay robos, no hay secuestros, no hay tráfico de armas, no hay mercenarios que asesinen presidentes municipales, no hay “ninis” que sean reclutados por el crimen organizado, no hay desviaciones presupuestales, no hay agresiones físicas ni psicológicas... Sin embargo, pensando en las consecuencias de este deseo, hay que asumir que la sociedad tal y como la conocemos, desaparecería. Si el cambio fuera brusco, la primera consecuencia se mediría en la pérdida de millones de puestos de trabajo que hoy viven directa e indirectamente de la violencia. ¿Implica ello que deberíamos mantenerla, para seguir ocupando nuestro empleo? Ensayemos el argumento complementario: incrementemos los puestos de trabajo y la riqueza del país formando grupos delinquentes. Sería interesante medir, por ejemplo, cómo los disturbios recientes en muchos países se traducen en un incremento de su PIB. La competitividad delincencial obedece a las leyes del mercado.

La crítica supone un decrecimiento brusco. Esta sospecha es incompatible con la idea de sostenibilidad. En el mejor de los casos, la intención del decrecimiento sostenible puede propagarse entre minorías, con una lentitud previsible. Es ridículo que el elefante tema a la hormiga. La capacidad de adaptación de la sociedad a este nuevo estilo de vida, respetuoso con uno mismo y con los demás, con el planeta que habitamos y con los valores en los que creemos, es posible y necesario. Los partidarios del decrecimiento sostenible no vamos a tener tanto poder como para desestabilizar el sistema de hoy a mañana (Manzano, 2006: 9-11).

Competitividad ecológica o antiecológica

Los ecosistemas se apoyan en un equilibrio dinámico basado en dos procesos no lineales —cíclicos y fluctuantes—. Las empresas lineales, tales como el crecimiento económico y tecnológico indefinido a lo largo de un periodo de tiempo, interferirán necesariamente en el equilibrio natural y tarde o temprano provocarán serios daños (Capra, 1992: 22).

Esta fragmentación interna es un reflejo del “mundo exterior”, percibido como una multitud de objetos y acontecimientos separados. El entorno natural es tratado como si consistiera en partes separadas, que existen para ser explotadas por diferentes grupos de interés. Esta visión fragmentada es acentuada todavía por la sociedad, dividida en diferentes naciones, razas y grupos religiosos y políticos. La creencia de que todos esos fragmentos —en nosotros mismos, en nuestro entorno y en nuestra sociedad— están realmente separados, puede considerarse como la razón esencial de la presente serie de crisis sociales, eco-

Cuadro 1
Tabla sinóptica de argumentos favorables y contrarios
al crecimiento y al decrecimiento

<i>Argumentos contrarios al decrecimiento</i>	<i>Argumentos a favor del decrecimiento sustentable</i>	<i>Argumentos contrarios al crecimiento</i>
Ignora las repercusiones que el crecimiento tiene en elementos fundamentales para la estabilidad social, como el empleo, la vivienda	El decrecimiento implica potenciar el ocio frente al trabajo	Provoca la inequidad entre pueblos, regiones y personas
Es una idea de los privilegiados del mundo	Se sustenta en una ética planetaria	La ética generalmente es ajena a las decisiones
La propuesta del decrecimiento condena al Sur a la miseria	Liberaría a los cónyuges de estar absorbidos en procesos laborales que les implican cada vez más tiempo	La evolución de los mercados se está desligando del par consumo-producción
Disminuirían las opciones de aplicación tecnológica	Podría recobrase el equilibrio ecológico	Es irrespetuoso del medio ambiente
Los pobres no tendrían oportunidad de probar las mieles del progreso	El progreso no es tener más, sino ser más a pesar de tener menos	Las decisiones de las empresas están fuertemente mediatizadas por las consecuencias de la competencia
La falta de crecimiento provoca el crimen organizado	La naturaleza dejaría de ser explotada	La economía se ha hecho dependiente de la violencia. El crecimiento inequitativo provoca más crimen organizado
		Provoca la concentración demográfica excesiva
		Las enfermedades nerviosas y degenerativas son causadas por el estrés del crecimiento
		Se dedica más tiempo a mantener y a regular el sistema, que a suministrar bienes y servicios útiles

Fuente: autoría propia con base en los argumentos de Manzano (2006).

lógicas y culturales. Nos ha separado de la naturaleza y de nuestros congéneres humanos. Ha generado una distribución enormemente injusta de los recursos naturales, creando el desorden político y económico, una creciente ola de violencia, tanto espontánea como institucionalizada, y un feo y contaminado medio ambiente en el que la vida se ha hecho a veces malsana, tanto física como mentalmente (Capra, 2000: 7).

Paradójicamente, la falta de competitividad tecnológica y organizacional, a la larga puede producir beneficios inesperados. Por ejemplo, hemos sido incompetentes en la exploración y explotación de nuevos yacimientos petroleros, y por ello conservaremos más tiempo nuestros escasos recursos y en cierta medida estamos evitando una mayor contaminación ambiental. Lo malo de esto es que se basa en la incapacidad moral y organizacional del gobierno y no en una política de competitividad para la conservación de los recursos naturales.

Discusión

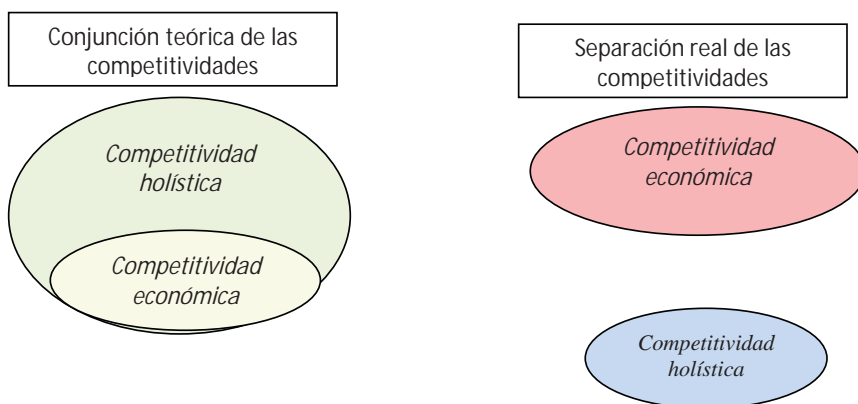
A continuación exponemos argumentos discutibles finales basados en una reflexión crítica de nuestro entorno y avalada por varios de los autores mencionados en el trabajo. Consideramos que este apartado enriquece la discusión, sobre todo por la conceptualización ampliada en la que se aborda la competitividad.

En el escenario mexicano de creciente desigualdad social, subordinación y desnacionalización, la universidad pública está llamada a cumplir un papel crucial en el proceso de creación de alternativas. Sus funciones, y en particular las correspondientes a la generación de conocimientos, formación de recursos humanos de alto nivel (con capacidad de aprender a aprender y a forjar nuevas realidades) y difusión de principios democráticos y valores humanistas, y un respeto irrestricto de la naturaleza (Didriksson, 2002: 6), no están siendo ejercidas así, ni siquiera en el interior de nuestras instituciones. Las paradojas de la competitividad se manifiestan en ella: crecimiento desmesurado como sinónimo de importancia, sometimiento a la lógica del mercado en la preparación de profesionistas, y casi ajena a la sabiduría para vivir. Habrá que poner en los foros de discusión las consecuencias de mantener una educación al servicio de una competitividad de mercado o, por el contrario, nos abocamos por una competitividad a favor de la vida.

Aunque teóricamente la competitividad económica sería un subconjunto de la competitividad holística, en la práctica muchas veces el logro de los fines orga-

nizacionales implica el sacrificio de los fines personales o familiares, el aumento de la producción obliga a la explotación irracional de los recursos naturales, y la salud de la empresa solicita el sacrificio de la propia salud. En la realidad los dos tipos de competitividad obran por separado.

Esquema 3
Esquema sobre la conjunción teórica y la separación práctica de las competitividades



El tamaño relativo de los óvalos representa la importancia de las competitividades según los enfoques de conjunción o separación.

Fuente: autoría propia con base en las aportaciones de los autores referenciados.

El trabajo que produce cacharros innecesarios de consumo o armamento bélico, es un error y un despilfarro. El trabajo que es resultado de una falsa necesidad o de un deseo impropio, es un error y un despilfarro. El trabajo que engaña o que falsea para obtener sus fines, que explota o degrada a un ser humano, es un error y un despilfarro. El trabajo que daña el medio ambiente o que afea el mundo, es un error y un despilfarro. Esta clase de trabajo no puede redimirse de ninguna manera, ni enriqueciéndolo ni reestructurándolo, ni socializándolo ni nacionalizándolo, ni volviéndolo más “pequeño”, descentralizado o democrático, ni justificarlo a nombre de la competitividad económica (Capra, 1992: 120).

Inseparable del crecimiento tecnológico y económico es el crecimiento de las instituciones, desde las compañías y las corporaciones hasta las universidades y las facultades, las iglesias, las ciudades, los gobiernos y los países. Cualquiera que

sea el objetivo original de la institución, su crecimiento hasta más allá de cierto punto deforma inevitablemente este objetivo, convirtiendo en meta principal la subsistencia y la posterior extensión de la institución. Al mismo tiempo, quienes forman parte de esta institución y quienes tienen que tratar con ella se sienten cada vez más alienados y despersonalizados, mientras que las familias, los barrios y otras organizaciones sociales en pequeña escala se ven amenazadas y a menudo destruidas por la dominación y la explotación institucional (Capra, 1992: 118).

El crecimiento no tiene futuro. Si se detiene, malo. Si mantiene su tendencia, peor. Pero el decrecimiento es sólo una idea, llena de esperanza, pero una idea (Manzano, 2006: 3).

Contra lo que pudiera pensarse, el estar constantemente asediado para ser competitivo se ha transformado en una rutina enfermiza, en un lugar común que conduce a la enajenación y limita la creatividad, que requiere tiempo de reflexión (Fromm, 2003b: 80).

El restablecimiento del equilibrio y de la flexibilidad en nuestras economías, en nuestras tecnologías y en nuestras instituciones sociales sólo será posible si se realiza en conjunto con un profundo cambio de valores. Contrariamente a lo que se suele creer, los sistemas de valores y la ética no son periféricos en la ciencia y la tecnología, sino que constituyen su base y su fuerza motriz. Por consiguiente, la transición a un sistema social y económico equilibrado exigirá un cambio de valores correspondientes de la autoafirmación y la competitividad a la cooperación y a la justicia social, de la expansión a la conservación, de la adquisición material al crecimiento interior. Todos aquellos que han comenzado a efectuar estos cambios han descubierto que no son restrictivos, sino que, por el contrario, son liberadores y enriquecedores. Como escribe Walter Weiskopf en su libro *Alienación y economía*, las dimensiones cruciales de escasez en la vida humana no son económicas, sino existenciales. Estas dimensiones corresponden a nuestras necesidades de tiempo para descansar y meditar, de paz interior, de amor, de cooperación con nuestros semejantes y de autorrealización, que se pueden satisfacer a un nivel mucho mayor en el nuevo sistema de valores (Capra, 1992: 214).

El decrecimiento sostenible es un concepto más amplio que el famoso crecimiento sostenible, puesto que pretende ir más allá del discurso energético, incluyéndolo. Se asienta en una preocupación en la que pesan, del mismo modo y de forma directa, las repercusiones sociales y psicológicas. Es un llamamiento a mantener lo que hemos conseguido de positivo (como el progreso en el discurso ético y en el conocimiento), prescindiendo de lo negativo (como la adicción

consumista o la ignorancia). Es un llamamiento a vivir bien, a llevar una buena vida, lo que incluye no sólo a los individuos, sino también y especialmente a los patrones de convivencia. Esta filosofía de vida admite a su vez graduaciones que incluyen incluso el objetivo extremo del decrecimiento “total”. En esta línea,

[...] el decrecimiento es una gestión individual y colectiva basada en la reducción del consumo total de materias primas, energías y espacios naturales gracias a una disminución de la avidez consumista, que nos hace querer comprar todo lo que vemos (Honorant, 2006).

La alegría auténtica yace en la actividad auténtica, y actividad auténtica es crecimiento de las facultades humanas, no de las organizaciones (Fromm, 2003b: 86).

Conclusiones

Hoy es una utopía la aspiración de que la gente rija su vida por los principios de la competitividad holística: no aceptar un trabajo ajeno a sus facultades; no aceptar un trabajo que depaupere el ambiente; no aceptar un trabajo que le produzca una enfermedad nerviosa, de aparato digestivo o degenerativa; no aceptar un trabajo que la obligue a impulsar el consumismo; no aceptar un trabajo que sacrifique la salud en aras de una prosperidad material pasajera. Por el contrario, aspirar a tener un trabajo sin mentiras mercadológicas, un trabajo no sujeto a un crecimiento inconsciente, un trabajo donde los dividendos para los dueños sean proporcionales a los sueldos de todos los empleados, un trabajo complementado con la creación y el arte; en fin, un trabajo donde la ética sea un ingrediente indispensable de las decisiones.

Pero la aspiración no puede llegar a ese grado. Hay que ser conscientes de la realidad. Mas, si estas reflexiones pudieran ayudar a cada trabajador para definir límites a la competitividad que pone por encima de la vida digna al dinero, al poder y a la influencia, entonces ya estará siendo provechosa esta filosofía en ciernes de entender la competitividad como el desempeño eficiente integral, conectada a la cultura, la ecología, la amistad, la frugalidad, a la reflexión epistémica de los fines la vida, tal como la vislumbran pensadores dedicados a estudiar las redes complejas de la existencia.

Es evidente el grave desequilibrio de nuestra economía, de nuestras instituciones sociales y de nuestro entorno. Nuestra obsesión por el crecimiento y la miopía en sus consecuencias nos ha inducido a llevar demasiadas variables a su

punto máximo durante un tiempo demasiado largo. El tamaño de las ciudades y de las instituciones sociales enajena a la gente de ciudades como la de México o la de Sao Paulo. El resultado ha sido una pérdida general de flexibilidad que se manifiesta en estrés, depresión, inseguridad y pobreza, todo ello de manera masificada. Para restablecer el equilibrio, momentáneamente habrá que acordarse internacionalmente la estructuración de un programa que comprenderá, entre muchas otras medidas, la descentralización de las poblaciones y de las actividades industriales, el desmantelamiento de las grandes sociedades anónimas y de otras instituciones sociales, la redistribución de la riqueza y la creación de tecnologías flexibles que conserven los recursos. Pero un programa de esta índole es sólo un primer paso, un paliativo, ya que el único camino realista para lograr un desarrollo sustentable es que la humanidad sea capaz de pensar e implementar un programa de competitividad planetaria basado en el decrecimiento sustentable.

El reto es formidable, pero éticamente no podemos seguir pensando en una competitividad de mercado creciente a cambio de miles de millones de pobres, del cambio climático, de la desaparición de selvas y de vida animal, de la contaminación de los mares, de derramamientos de petróleo con inconmensurables consecuencias, del engaño de una vida “exitosa” de miles de directivos que son considerados competitivos porque han sacrificado su tiempo y su salud y la de su familia a cambio de lograr un punto más de participación en el mercado.

Referencias bibliográficas

- Capra, F. (1992) *El punto crucial*. Buenos Aires: Troquel.
—— (2004) *The hidden connections*. Nueva York: Anchor Books.
Didriksson, A. (2002) *La transformación de la universidad mexicana*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
Fromm, E. (1997) *La revolución de la esperanza*. México: Fondo de Cultura Económica.
—— (2002) *El miedo a la libertad*. México: Paidós.
—— (2003a) *Ética y psicoanálisis*. México: Fondo de Cultura Económica.
—— (2003b) *La atracción de la vida (aforismos y opiniones)*. Buenos Aires: Paidós.
Guerra, M. R. (2002) *Ética, globalización y dignidad de la persona*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.
Honorant, V. (2006) *Decrecimiento: una idea a contracorriente pero llena de esperanza*. Recuperado de <http://www.lagranepoca.com/news/6-2-4/1974.html>
Manzano, V. (2006) *Comportamiento de consumo y decrecimiento sostenible*. Madrid: CIMA.

Merva, M., y Fowles, R. (1992) *Effects of Diminished Economic Opportunities on Social Stress: Heart Attacks, and Crime*. Washington, DC: Economic Policy Institute.

Passet, R. (2005) *La bioeconomía es el nuevo paradigma de la ciencia económica*. Recuperado de <http://www.tendencias21.net>

Reader's Digest (1999) *Gran Atlas ilustrado del mundo*. México: Reader's Digest.

Rifkin, J. (1996) *El fin del trabajo*. México: Paidós.

Sánchez, G. (2009) *Las micro y pequeñas empresas mexicanas ante la crisis del paradigma económico de 2009*. Málaga: Universidad de Málaga. Recuperado de <http://www.eumed.net>